

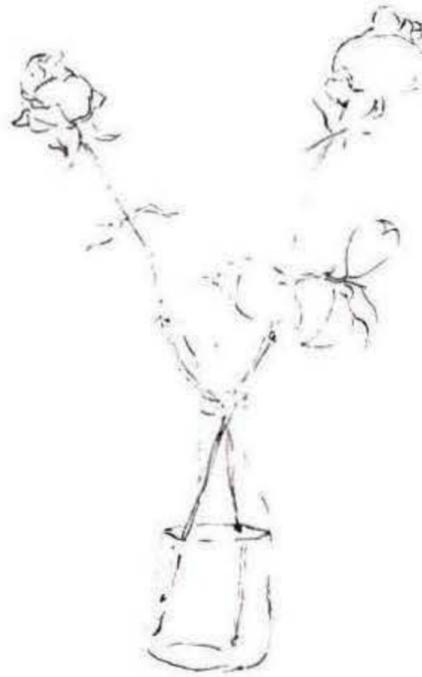
se enteran por lo general ni en los periódicos, un buen libro, que vale poco más o menos lo mismo que un pasaje de ida y vuelta, puede permanecer siglos en una biblioteca, aparte de que al ser publicado, si es bueno, los periódicos se ocupan más de él. Lo que pasa es que a veces las personas que se ocupan de estas cosas en los ministerios confunden la literatura con el ruido literario, y como los libros son por lo general seres silenciosos, casi siempre salen mal parados y para ellos nunca hay dinero. Así y todo, estamos estudiando la posibilidad de colaborar con entidades privadas... En cuanto a la narrativa, hemos abierto una colección en la que publicaremos cosas congruentes con nuestra línea editorial, que tiende a ser más bien refinada, en el sentido de que nos apartaremos de los temas en boga, y nos volcaremos sobre textos de literatura pura y dura. Así, Valery Larbaud, del que ya hemos publicado un libro y este año publicaremos otro; Franz Werfel, etc. La envergadura de la editorial quedaría perfilada en lo fundamental cuando podamos abrir una colección dedicada al ensayo literario, cosa que esperamos hacer dentro de uno o dos años, cuando ya hayan tomado impulso las otras colecciones. Y por supuesto, ya que se trata de una editorial hispano-colombiana en España, procuraremos que siempre haya buena representación colombiana y latinoamericana.

* * *

Ricardo Cano Gaviria: nota biobibliográfica

Ricardo Cano Gaviria nació en Medellín en 1946. Realizó estudios primarios y secundarios en el Instituto San Carlos, de esa misma ciudad, donde fue profesor de filosofía y psicología. En 1966, ingresó en la Universidad de Antioquia, donde cursó estudios generales y de sociología; al año siguiente fue profesor asistente de sociología en la misma universidad, que abandonó tras la huelga estudiantil de 1966.

Residió en Francia entre 1968 y 1969, y se radicó luego en España, donde vive desde 1970. Codirigió durante varios años la recientemente desaparecida revista española Hora de Poesía con su mujer, Rosa Lentini, con quien cofundó en 1997 Ediciones Igitur.



Libros de narrativa publicados:

- *El Prytaneum* (novela, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1981).
- *Las ciento veinte jornadas de Bouvard y Pécuchet* (Barcelona, J. R. S. Editor, 1982).
- *En busca del Moloch* (relatos, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1989).
- *El pasajero Benjamin* (novela, 1989; reeditada en 1993 por Monte Ávila, para el Pacto Andino, en versión revisada, con el título de *El pasajero Walter Benjamin*).
- *Una lección de abismo* (novela, Barcelona, Versal, 1991).

Libros de ensayo y biografía:

- *El buitre y el ave fénix. Conversaciones con Mario Vargas Llosa* (ensayo y diálogo, Barcelona, Anagrama, 1972).
- *Acusados: Flaubert y Baudelaire* (ensayo, Barcelona, Muchnik Editores, noviembre de 1984).

- *La vida en clave de sombra de José Asunción Silva* (biografía, Caracas, Monte Ávila Editores, marzo de 1992).

Premios literarios:

- Premio nacional de cuento de la Lotería de Cúcuta, 1967, por *Historia del hombre que se sentía viejo*.
- Premio Navarra (España), de novela, 1988, por *El pasajero Benjamin*.
- Premio nacional Pedro Gómez Valderrama (a la mejor novela colombiana publicada en el quinquenio 1988-92) por *Una lección de abismo*.

1. La siguiente entrevista se hizo el 9 de diciembre del año 2000 en la casa de Ricardo Cano Gaviria y su esposa, Rosa Lentini, en Montblanc, provincia de Tarragona (España). Corregimos el manuscrito original, con la ayuda del entrevistado, a través del correo electrónico. Más que recoger algunas impresiones de su vida, con esta entrevista quisimos ahondar en tres aspectos relacionados con las inquietudes de Ricardo Cano Gaviria: sus afinidades literarias, su postura teórica y estética frente a la literatura y su percepción de la vida cultural colombiana desde la labor de editores que él y Rosa Lentini realizan en estos momentos.

Hacia una poética: el premio Nobel y sus circunstancias¹

MICHAEL
PALENCIA-ROTH
Universidad de Illinois

Para Nelly González

La prehistoria

Los gabólogos que asisten a congresos y escriben sobre Gabriel García Márquez suelen decir que él se niega a presentar —por escrito y en un texto redondeado y pulido— una poética de su obra. Aunque publi-

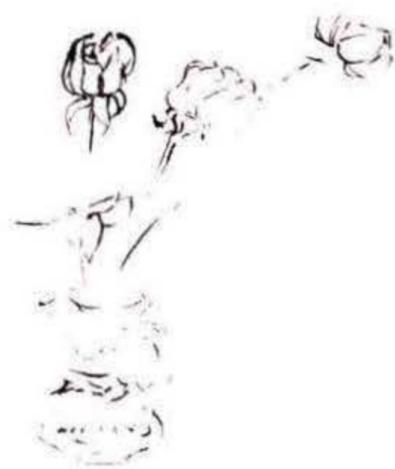
que centenares de artículos periodísticos sobre arte y literatura², aunque comente generosamente en entrevistas sobre cómo y por qué se escribe literatura³ —dice, por ejemplo, que “la imaginación no es sino un instrumento de la realidad” (*Olor de la guayaba*, pág. 42), que el lugar ideal para escribir es “una isla desierta por la mañana y la gran ciudad por la noche” (*Olor*, pág. 40), que cada una de sus obras parte de una imagen visual (*Olor*, pág. 35), que fue Franz Kafka quien le mostró que podía contar las cosas de la misma manera imperturbable como las contaba su abuela (*Olor*, pág. 41), o que la novela no es más que “una representación cifrada de la realidad” (*Olor*, pág. 48) — la impresión que dejan los críticos es que si García Márquez tiene una poética, ésta es inconsciente. Dicha impresión es errónea, pues él sí presenta una poética a conciencia y por escrito: su discurso de recepción del Nobel en diciembre de 1982 en Suecia. El evento fue motivo para que García Márquez reflexionara sobre el arte de escribir y sobre el hecho de ser escritor latinoamericano en la última mitad del siglo XX. El resultado es su cifrada *ars poetica*.

Durante toda su larga y fructífera carrera, García Márquez ha tenido conciencia del premio Nobel. La primera vez que lo menciona en algo escrito es en abril del año 1950. Tiene en aquel entonces veintitrés años. En una nota (“Otra vez el premio Nobel”), en *El Heraldo de Barranquilla*, que firmó como “Septimus”, aludiendo a un personaje de Virginia Woolf, dice lo siguiente⁴: “Rómulo Gallegos será el premio Nobel de literatura en 1950, y se lo merecerá precisamente por ser mediocre. Es decir, son sólo los talentos modestos los que se ganan el premio Nobel. Escritores excelentes como James Joyce nunca se lo ganaron”. Por lo tanto, William Faulkner, por ser un talento tan “extraordinario”, nunca se lo ganará, según García Márquez. Pero notemos, de paso, que el joven periodista se equivocó tanto en el caso de Rómulo Gallegos, nunca premiado por la Academia Sueca, como en el

caso de William Faulkner, laureado ya en 1949.

Muchos años después, en octubre de 1980, el muchacho de Aracataca, transformado ya en un gigante de las letras hispanoamericanas, habría de enfrentarse en público otra vez con la sombra helada del Nobel. Publica dos artículos periodísticos bajo el único título de “El fantasma del premio Nobel”. Los artículos revelan cierta ansiedad suya ante el posible otorgamiento del premio o, mejor dicho, ante la posibilidad de no ganárselo⁵. Es como si, al igual que su coronel esperando en balde su pensión, estuviera buscando la más digna manera de esperar toda la vida un premio que nunca le llegaría. El primer ejemplo del fantasma del premio es el de Jorge Luis Borges, que cada año se menciona como candidato y que cada año no es el escogido. “El resultado final —dice García Márquez— no depende del derecho propio del candidato, y ni siquiera de la justicia de los dioses, sino de la voluntad inescrutable de los miembros de la Academia Sueca” (*Notas de prensa, 1980-84*, pág. 7). Comenta los casos de algunos escritores que son o han sido candidatos al premio pero que no lo consiguieron. Graham Greene, por ejemplo, creía que sería ignorado para siempre por el Comité Nobel por su supuesta falta de seriedad como escritor (*Notas de prensa*, pág. 8). En el segundo de los dos artículos, García Márquez identifica a algunos de los grandes escritores que, ignorados por la Academia Sueca, murieron sin premio. León Tolstói muere en 1910 a los 82 años sin el premio, que ya “se había adjudicado diez veces” (*Notas de prensa*, pág. 11). De los diez premiados en esos años, solamente uno, Rudyard Kipling, según García Márquez (pág. 11), permanece vivo en la memoria. Entre 1910 y 1926 mueren cinco escritores que se merecían el premio pero que no lo obtuvieron: Henry James (1916), Marcel Proust (1922), Franz Kafka (1924), Joseph Conrad (1924) y Rainer Maria Rilke (1926). También mueren sin

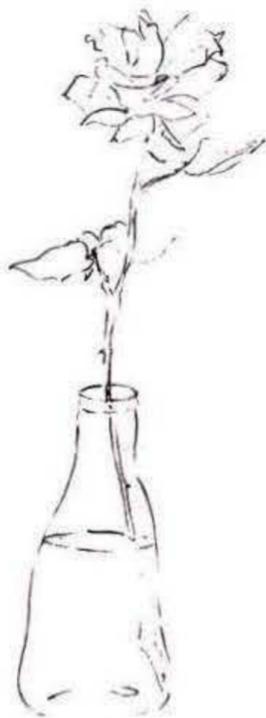
premio G. K. Chesterton (1936) y James Joyce (1941), cuya obra *Ulysses* “había cambiado el curso de la novela en el mundo” (pág. 12). Y el simple hecho de recibir el Nobel de las letras es, dice, también en el segundo artículo, como recibir una sentencia de muerte, pues veintidós de los premiados vivieron menos de siete años después de la ceremonia (pág. 13). En los días de octubre de cada año, por lo tanto, los pretendientes al Nobel deberían sentir menos la ansiedad de un Jorge Luis Borges y más “un terror metafísico” (pág. 13) ante una muerte anunciada por la Academia Sueca.



Por una parte, estos dos artículos parecen ser ejercicios psicológicos de la consolación por no recibir el premio. Mejor vivir muchos años que recibir la supuesta sentencia de muerte que es el premio Nobel. Mejor sentarse en el mismo escaño con los eternos Proust, Kafka, Conrad, Rilke, Borges y Joyce que sentarse en la banca del olvido con todos aquellos modestos talentos coronados con el máximo galardón literario del mundo. Por otra parte, estos artículos demuestran la obsesión de García Márquez por el Nobel. Del psicoanálisis hemos aprendido que, en algunas circunstancias, cuanto más se niegue el deseo por una cosa, más profundo es en realidad el deseo por ella. La negación, cuando se repite con insistencia, es evidencia del deseo, por inconsciente que sea. Dos años después de 1980, en el mismo mes de octubre, García Márquez realiza el sueño de todo gran escritor.

Las primeras noticias

En aquel octubre de 1982 circulaban, como de costumbre cada otoño, los nombres de los candidatos favoritos. De América Latina se oían los nombres de Jorge Luis Borges, de Octavio Paz y de Gabriel García Márquez, entre otros. Once años atrás el último latinoamericano galardonado con el premio se había anunciado: Pablo Neruda, de Chile. Cuatro años antes de Neruda, en 1967, Miguel Ángel Asturias⁶. Y veintidós años antes de Asturias, recién terminada la segunda guerra mundial, la escritora chilena Gabriela Mistral. Se decía, en 1982, que ya le tocaba a un escritor hispanoamericano o latinoamericano. Se decía, pero no se confiaba. Decían las malas lenguas que Borges, candidato perenne, se descartaría por su política reaccionaria⁷. A Octavio Paz seguramente no lo nombraría la Academia Sueca porque había recibido recientemente el premio Cervantes. García Márquez era el favorito por esa época, especialmente después de haber publicado, en 1975, *El otoño del patriarca*.



Pero el mismo García Márquez había creado obstáculos a su nombramiento con la publicación de los dos artículos ya comentados. Artur Lundkvist, miembro de la Academia Sueca y el único de aquel comité de dieciocho personas que domina el castellano, le confiesa en diciembre

de 1982 a Eligio García, hermano menor de Gabriel, que “habría sido mejor no escribir esos artículos, entre otras cosas porque no eran muy bien informados. Tanto yo como otros académicos tuvimos un poco de miedo cuando aparecieron, porque esto podría entonces disminuir sus posibilidades para ganárselo”⁸.

En un día cualquiera de octubre de 1982, escribe Belisario Betancur, entonces presidente de Colombia, amigo de García Márquez y gran lector de literatura, el hijo del telegrafista de Aracataca “se despertó convertido en monstruo de la imaginación y de la palabra, y empezó a historiarse y a historiarnos”⁹. Entró Colombia, como nunca lo había hecho antes, en la geografía y la historia de la literatura mundial. El 21 de octubre ha de celebrarse anualmente en la historia literaria de Colombia. En aquel día de 1982, toda Colombia estalla de júbilo al enterarse de la noticia procedente de Estocolmo. Sigamos los pasos de un escritor que escuchó la noticia dentro de Colombia y que ha dejado constancia de sus actividades y sus pensamientos en aquel 21 de octubre¹⁰. En Cali, Fernando Cruz Kronfly se entera de la noticia del Nobel por la radio mientras se ducha en la mañana. Inmediatamente, Cruz Kronfly ve “la imagen de Gabo coronada, la imagen del país con su guirnalda de hojas de laurel en sus sienes, nuestra propia imagen. ‘Ganamos’ [se dice Cruz Kronfly]. Fue aquel un pensamiento limpio, espontáneo, capaz de convocar en el instante aquel viejo tumulto de imágenes ligadas desde la infancia a nuestro universal anonimato, aquel tejido de recuerdos de décadas enteras de derrotas manifiestas, tácitas, de victorias morales que nuestra generación y varias de aquellas que nos precedieron habíamos debido de sufrir”¹¹. Piensa Cruz Kronfly en otros héroes nacionales, casi todos atletas: Álvaro Mejía, Víctor Mora, Pambelé, Cochise, Ramón Hoyos. Piensa también en un escritor colombiano, Fernando González, propuesto para el Nobel por un filósofo europeo pero a quien algunos aca-

démicos colombianos le habían puesto la zancadilla. Fernando González fue silenciado por la traición y luego por el olvido¹². Al escuchar la buena nueva del Nobel, Cruz Kronfly interrumpe su ducha, se envuelve en una toalla y baja al bar. En ayunas, alza una copa y se la bebe en un brindis solitario y privado. Se va luego a la universidad a dictar su clase de las ocho de la mañana. Dedicada toda la hora a conversar sobre la obra de García Márquez. Al final muchos de los jóvenes se abrazan y se felicitan, y besan la frente de las compañeras. Salen todos a la cafetería de enfrente, levantan una copa, y uno de los muchachos se inventa un brindis. Luego, en camino hacia el centro de la ciudad, Cruz Kronfly oye a la gente diciéndose: “Tenemos Nobel”, y se da cuenta de que aun la gente que ignoraba o despreciaba la literatura la concebía en aquel momento como uno de los posibles caminos al cielo.

Al día siguiente, 22 de octubre, *El Tiempo* publica un resumen de las reacciones en toda la patria. Cita al mismo Cruz Kronfly, representante, con Pedro Claver Téllez, de la opinión de Cali. Cita, de Medellín, a Manuel Mejía Vallejo, junto con Carlos Castro Saavedra y Mario Escobar. Y vienen opiniones y palabras de Cúcuta, de Manizales, de Bucaramanga, de Armenia, de Pasto. De todos se oye el orgullo, de todos el comentario que era un honor merecido y largamente anticipado. Y se dice varias veces que, al fin, el mundo tiene que ponerle atención a Colombia, porque habrá que admitir ahora que “Colombia también posee valores”¹³. *El Tiempo*, al igual que los otros periódicos nacionales, no pasa por alto el hecho de que el único premio Nobel de Colombia es hijo del telegrafista de Aracataca, que como muchacho pobre estudió en Zipaquirá con beca nacional, que no tuvo ni los cinco centavos para comprarse el periódico que publicó su primer cuento (22 de octubre de 1982, sección A, pág. 1). En toda Colombia, se comenta que el camino de Aracataca a Estocolmo ha sido largo y duro.

De una sola boca sale un cuento distinto al de los demás, un cuento que nos recuerda que también los grandes fueron niños y que para los padres siempre lo serán. Entre los muchos entrevistados en aquel día de octubre está Gabriel Eligio García, el padre del premio Nobel. Con cierta ironía mamagallista, el padre afirma que él, en su época, fue mejor escritor que el hijo premiado porque en aquel entonces estaba de moda la literatura romántica y él se la llevaba muy bien con las muchachas casaderas, que les gustaba lo que él les escribía. Afirma que él escribirá la historia de la familia García Márquez y que el hijo premiado, por lo tanto, no se atreverá, ya que el padre conoce la historia mejor que el hijo. Da a entender que Eligio, hermano menor del premiado, escribe mucho mejor, y también Gustavo, otro hermano también menor, e ingeniero, que vive en Venezuela. Así que, si Gabriel García Márquez salió escritor, fue simplemente debido a que "esa línea la está siguiendo la familia" (El Tiempo, 22 de octubre de 1982, sección D, pág. 3).



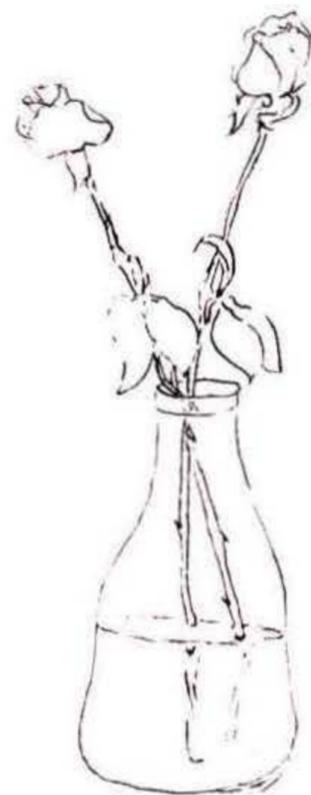
A finales de abril del 2000, en Valledupar, durante una pausa en el Primer Foro Internacional sobre Gabriel García Márquez, yo le pregunté a Jaime García Márquez, trece años menor que Gabo, cómo fue aquel día para él. Me dijo lo siguiente. Aquella mañana, cumplía su diaria rutina de trabajo como ingeniero civil, y estaba haciendo una

inspección de obras en Santa Marta. Estaba caminando cerca de la calle cuando vio que un carro, con amigos suyos, lo saludó, siguió y de repente paró y se echó en reversa. Los amigos bajaron el vidrio y lo llamaron a que se acercara. Perplejo, se arrimó. Subieron el volumen del radio y ahí mismo Jaime, en compañía de sus amigos, se enteró de la noticia. Quedó, dijo, petrificado. Pero luego hizo lo que solemos hacer todos al recibir noticias inesperadas o increíbles. Siguió en lo mismo, en su inspección de obras. En unos quince minutos el peso de la noticia lo paró. Volvió a su casa, que ya estaba llena de gente. Habló por teléfono con Juan Gossain y Alfonso López, entre otros. En la tarde hubo una reunión, en sesión pública, en la Casa de la Cultura de Santa Marta, donde varios viejos amigos y conocedores de la obra de García Márquez discutieron el premio y sus circunstancias.

Quizá la anécdota más conocida del día fue la reacción de doña Luisa, esposa de Gabriel Eligio García. Le preguntaron qué significado le daba ella al premio Nobel. "Quizás al fin —contestó la madre— me van a arreglar el teléfono". Y así fue. Se lo arreglaron ese mismo día. Y resulta que, según Jaime, un vecino escuchó por la radio que le iban a arreglar, e inmediatamente, el teléfono de doña Luisa. Como él también tenía el suyo dañado, decidió irse donde ella. Fue, hizo su llamada, y volvió a casa. "¿Cómo están los García Márquez?", le preguntaron. "Muy bien, —contestó el vecino—. Fuera de la euforia, todo sigue normal". Uno se pregunta cómo una familia podría haber recibido una noticia tal como si fuera una cosa común y corriente. Quizá porque, a cierto nivel, se esperaba, o este año o el próximo o el siguiente. En este contexto, las dos palabras iniciales del primer libro publicado después del premio Nobel —*El amor en los tiempos del cólera*— podrían haber sido un guiño privado a sus amigos, además de un secreto mensaje de autofelicitaciones acerca del premio conferido: "Era inevitable".

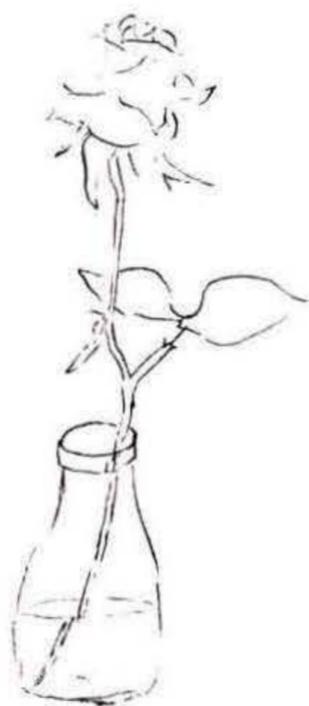
Una poética cifrada: Estocolmo, diciembre de 1982

En el mes de noviembre de 1982, en Colombia, el presidente Belisario Betancur tomó la decisión de participar en la ceremonia, y para ello organizar un viaje de acompañamiento integrado por un grupo de políticos, de músicos, artistas, y de amigos personales de los García Márquez¹⁴. En representación de la música irían, por ejemplo, la Negra Grande de Colombia, el Grupo de Danzas de Barranquilla, y cantantes del vallenato. Participarían algunas de las grandes instituciones del país: el Banco de la República, la Biblioteca Luis Ángel Arango, Avianca, la Federación Nacional de Cafeteros, el Instituto de Seguros Sociales, Artesanías de Colombia, la Compañía Royal Carnation, la Editorial Oveja Negra. Entre los amigos de García Márquez estarían Gonzalo Mallarino, Álvaro Mutis, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Álvaro Castaño Castillo, Fernando Gómez Agudelo, Guillermo Angulo, Plinio Apuleyo Mendoza y el maestro Rafael Escalona.



El discurso pronunciado por García Márquez en Estocolmo, el día 8 de diciembre de 1982, y que se conoce bajo el título "La soledad de América Latina", recibió, se dice, el

más prolongado y entusiasmado aplauso que jamás recuerdan haber escuchado los asistentes habituales a tales eventos. En Colombia, los periodistas alabaron el contenido histórico del discurso y su alta calidad literaria, pues en él, dice uno, García Márquez se ha lucido como un gran orador y ensayista que “domina con maestría todos los aspectos de este difícil género”¹⁵.



Este ejemplo de un género tan difícil como “el ensayo” tiene además la complicación de ser un *ars poética* a conciencia. Por lo tanto, sorprende el hecho de que el discurso “La soledad de América Latina” no se haya estudiado. En su aspecto más esencial, es un acto de autorreflexión literaria y personal. Su *carpintería* —término utilizado por el mismo García Márquez en sus talleres para señalar la armadura estética y técnica de un texto— merece análisis.

Como sucede con frecuencia con los textos de García Márquez, él mismo nos da la clave para la interpretación de su Discurso del Nobel. En el Grand Hotel de Estocolmo, en donde se hospedaban García Márquez y sus amigos, Gabo tomó del brazo a su viejo amigo Alfonso Fuenmayor y, llevándolo al mismo dormitorio donde habían roncado Pablo Neruda y muchos otros laureados más antes de él, abrió un maletín negro y extrajo unas diez

cuartillas. “Léase estas páginas y cuénteme”, le dijo a su amigo y lo dejó solo. Eran las cuartillas del discurso del Nobel que en unas treinta horas García Márquez pronunciaría. Al terminar su lectura, Fuenmayor abrió la puerta. García Márquez lo vio, se separó de su grupo de amigos y vino hacia él. “Lo que acabas de leer —le dijo García Márquez— no es ni más ni menos que *Cien años de soledad*”¹⁶. Dicho de otra manera, el Discurso del Nobel es una poética cifrada, “un espejo hablado” de esta obra maestra. Pero es más: es un espejo hablado de sus pasiones literarias más constantes, y no menos de sus estrategias como escritor.

Álvaro Mutis, quien, junto con los más viejos amigos de García Márquez, estuvo presente en todos los actos ceremoniales de Estocolmo, dice lo siguiente del Discurso del Nobel de su amigo:

*El primer acto al que asistimos fue, en muchos aspectos, el más conmovedor y entrañable. Consistió en la lectura que hizo Gabriel de su conferencia sobre “La soledad de América Latina” en la sala de actos de la Academia Sueca. El texto, que en el fondo es un llamado desgarrador y airado, fue leído por Gabriel con una serena dignidad, con lejanía, casi, que lo hizo aún más hondo y verdadero. Todos los presentes tomaron conciencia, de repente, por la sola magia de un estilo maestro, de lo que en verdad significaban las apocalípticas palabras con las que termina Cien años de soledad*¹⁷.

Como siempre, los acertados comentarios de Álvaro Mutis provienen de un íntimo y personal conocimiento de la obra de García Márquez. Quizá acomodándose a conciencia a la principal intención de García Márquez, Mutis pone énfasis en la relación entre el discurso y *Cien años de soledad*. Que haya una relación es obvio, pues García Márquez hace patentes las huellas de la novela en el discurso. Pero el significado de esta relación es más difícil de anali-

zar y, por lo tanto, más interesante. A este análisis le dedicamos las siguientes páginas.

García Márquez compone su Discurso del Nobel como si fuera un cuento, tanto en su forma como en sus estrategias retóricas. Del hecho de presentar una poética de esta manera surgen dos observaciones. Primero, que el acto de pensar para García Márquez es menos proceso de la lógica, del argumento, o de la abstracción que proceso narratológico. Es decir, García Márquez piensa por medio de la narrativa, de la anécdota, del cuento. Segundo, que el mensaje, por ser una presentación narrativa de su poética, no se hará de una manera directa sino más bien indirecta, a través de la anécdota, de la imagen y del efecto conseguido por el uso y el orden de las palabras.

El discurso comienza como si fuera una obra de ficción: “Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece ser una aventura de la imaginación”. Veamos otros inicios. “El coronel destapó el tarro de café y comprobó que no había más de una cucharadita” (*El coronel no tiene quien le escriba*). “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo” (*Cien años de soledad*). “Eréndira estaba bañando a la abuela cuando empezó el viento de su desgracia” (*La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*). “El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana...” (*Crónica de una muerte anunciada*). En cada texto, un solo personaje inicia la obra con una acción, generalmente concreta, que lo inserta en un contexto de tal manera que su mundo queda perfilado, definido. La descripción del coronel destapando su tarro de café y viendo lo poco que queda nos muestra una vida de interminable

rutina. El abrir un tarro, acto repetido todas las mañanas, se asemeja, analógicamente, a la condición de cotidiana espera que es la existencia del coronel. En un tiempo futuro, Aureliano Buendía se acordaría de un episodio de su niñez en el momento —el supuesto momento— antes de morir. Ahí, en esa sola oración, podemos ver varios temas y varias de las estrategias retóricas de la novela: el uso del tiempo y de la memoria, la muerte, el mundo de la niñez, la violencia. Eréndira baña a la abuela y siente el comienzo de su desgracia: ahí está todo el cuento, desde su personalidad caritativa a sus innumerables coitos para cancelar la deuda —la supuesta deuda— que tiene con la abuela desalmada. Santiago Nasar se levanta temprano en un día para él cualquiera pero que sería el último de su vida. Se encuentra desde el primer momento el personaje en un drama cuyo fin se ha predeterminado ya con el implacable rigor de una tragedia griega.



Pigafetta, un italiano al servicio de un portugués, inicia en Latinoamérica un viaje alrededor del mundo. Lo mismo hará García Márquez, personaje principal de su propio discurso, en su viaje por la historia y las literaturas de la cultura occidental. Por una parte, García Márquez se identifica en el discurso como un don Quijote colombiano, “errante y nostálgico” (pág. 16). Por otra, su viaje por casi todo el mundo hispano de nuestro continente tiene resonancias con otro viaje en otra ceremonia: el de Pablo Neruda. Aquel Discurso del Nobel de Neruda culmina con una observación —recogida y repetida por García Márquez unos once años después— sobre la innegable importancia de la poesía en la vida humana.

La crónica de Pigafetta une el realismo con la magia, la historia con el asombro. Su crónica ocurre al principio de nuestra historia, cuando nuestro mundo latinoamericano era tan reciente que todas las cosas carecían de nombre para el Viejo Mundo. Para mencionarlas había que señalarlas con el idioma: así, las islas San Salvador, Santa María de la Concepción, Fernandina, Juana, Hispaniola; así, los indios y sus canoas; así, el tabaco y el huracán. Nuestra realidad precolombina, transformada a su modo por el idioma y no menos por los nuevos inventos y las nuevas costumbres que traían los europeos, produjo asombro en aquellos forasteros que la invadían. El asombro se ve en muchos: se ve en Colón, que en 1492 y 1493 describe la realidad como una “maravilla”; se ve en Bernal Díaz del Castillo, para quien la entrada a Tenochtitlan era como la entrada a un pueblo encantado de *Amadís de Gaula*; y en muchos, muchos más. En Pigafetta el asombro ante la realidad produce “el contar”; es decir, produce “el cuento”, produce la literatura. Tres veces en este primer párrafo, García Márquez utiliza el verbo “contar” para iniciar una oración, cada vez poniendo ante nuestros ojos descripciones que podrían insertarse, sin la mínima alteración, en las primeras cuartillas y primeros capítulos de *Cien años de soledad*. Leemos de cerdos con el ombligo en el lomo, de pájaros sin patas, de alcatraces sin lengua, de un animal que combina las partes de mula, camello y caballo, de un nativo gigante que pierde “el uso de la razón por el pavor de su propia imagen”. ¿No será que García Márquez nos estaría indicando que su propia literatura, su cuento, su contar, surge de un semejante asombro ante la realidad? ¿Y no será, también, que nos estaría indicando que nuestra literatura es de mayor alcance universal siempre y cuando nuestros escritores sepan cómo representar la realidad latinoamericana? Víctor Rodríguez Núñez, que recoge en una sola antología todos los escritos de García Márquez relacionados de una mane-

ra u otra con arte y literatura entre 1948 y 1984, dice correctamente en su prólogo que “lo primero que llama la atención de estos escritos de García Márquez es, significativamente, su no sistemática pero sí coherente defensa del realismo”¹⁸.

Tan estrecha es la conexión entre el discurso y la novelística que es como si García Márquez estuviera repitiendo, en otra forma, *Cien años de soledad*, y estuviera diciéndole a Suecia y al Viejo Continente lo siguiente: “Vean ustedes. El mundo que yo habito, y que habitamos todos los latinoamericanos, aquel mundo que ustedes consideran como una fantasía, un puro invento, no es ni más ni menos que la realidad. Acostúmbrense a verlo con los lentes de unos ojos no suyos, a interpretarlo por medio de unas pautas distintas de las ordinarias, y a describirlo con un lenguaje quizá ajeno a sus tradiciones pero sí adecuado a las nuestras”. Pero si hubiera comenzado el discurso de esta manera tan directa, no sería el escritor que todos conocemos. Aquel escritor es un seductor en el sentido más amplio del vocablo. Escribe, como lo ha dicho más de una vez, para que sus amigos lo quieran más. Por lo tanto, si él hace las cosas bien, y si nosotros somos buenos lectores, entramos en un texto suyo como si fuéramos invitados a su casa. Pasamos un tiempo en su hogar literario, en un mundo quizá distinto al acostumbrado y lleno de magia, pero de todos modos muy revelador de la realidad. La combinación de todas estas características a la vez hace que el acto de leer un texto de García Márquez sea siempre una aventura de la imaginación.

En su Discurso del Nobel, García Márquez seduce al principio con detalles exóticos y hasta fantásticos, con descripciones a veces sorprendentes, pero siempre precisas. Una vez seducidos, los lectores —o, en este caso, los oyentes— comprenden que, para seguir moviéndose en este mundo y seguir gozando de él, habrán de someterse a otra realidad también, ésta más molesta y penosa. La misma estrategia la utiliza en *Cien años de soledad*.

El segundo párrafo del discurso habla de las primeras crónicas de Indias como “los gérmenes de nuestras novelas de hoy”. Nos “legaron”, dice, los siguientes “incontables”, entre otros: El Dorado, codiciado por muchos españoles y convertido en fantasía de cartógrafos; la fuente de la eterna juventud, buscada por Ponce de León y añorada por Alvar Núñez Cabeza de Vaca en un viaje en que se comieron unos a otros y del que regresaron sólo cinco de los seiscientos viajeros originales; la historia de las once mil mulas cargadas de oro que un día salieron del Cuzco y desaparecieron para siempre; la propuesta de unos alemanes, a fines del siglo XIX, de que los rieles para el ferrocarril interoceánico en Panamá se hicieran, no de hierro, que era escaso en la región, sino de oro.



En la primera oración del tercer párrafo, habiéndonos ya insertado en este nuevo mundo de sueños y de exageraciones, García Márquez nos introduce a uno de los nudos principales del discurso: “la demencia”. La palabra es chocante, inesperada, provocativa. De ese momento en adelante, el discurso, aunque ligado por García Márquez a otros discursos en otras ceremonias suecas, se convierte en algo extraordinario. Detalle por detalle, anécdota por anécdota, se perfila el rostro de nuestra singular locura. El general Antonio López de Santa Anna, en México, entierra con funerales magníficos su pierna derecha, que había perdido en una guerra. El general García Moreno, en el Ecuador, es velado con su uniforme de gala

sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, en El Salvador, cubre con papel rojo todo el alumbrado público del país para combatir una epidemia de escarlatina. Algunos de estos detalles —y otros más— de exagerados tiranos y magníficos funerales podrían haber sido descripciones de las consecuencias del poder en los casos de la Mamá Grande, del coronel Aureliano Buendía, y del Patriarca padeciendo su interminable otoño.

Entra luego García Márquez en la sección de las cifras, relacionándolas paradójicamente con la locura y con la desmesura, como si estuviera insistiendo en que los números también pueden ser evidencia de lo irracional. Les recuerda a los presentes que once años atrás el público había escuchado las palabras del “insigne” Pablo Neruda y que desde aquel momento hasta el presente “las noticias fantasmales de América Latina” han “irrupido” en las conciencias del mundo. Les recuerda también que desde aquel momento nuestra cultura no ha tenido “un instante de sosiego”. Menciona, sin revelar sus nombres, a Allende y a Torrijos, señalando sus muertes violentas. Enumera las guerras (5), los golpes de Estado (17), los niños que mueren antes de los dos años (20 millones), los desaparecidos (120.000), los muertos en Sudamérica (200.000) y los de América Central (100.000) —todo esto como consecuencia de las interminables luchas por la libertad en América Latina. Éstas son cifras de la historia, de la realidad, y en comparación con ellas la ficticia y muy exagerada cifra de los 3.000 muertos ametrallados en la estación del pueblo en *Cien años de soledad* parece hasta minúscula. Al utilizar estas cifras y otros detalles concretos de la realidad latinoamericana, García Márquez hace apelación a los métodos de la historia para enlazarla con la literatura, y así obligar al público de Suecia y de otros países desarrollados a que abra los ojos.

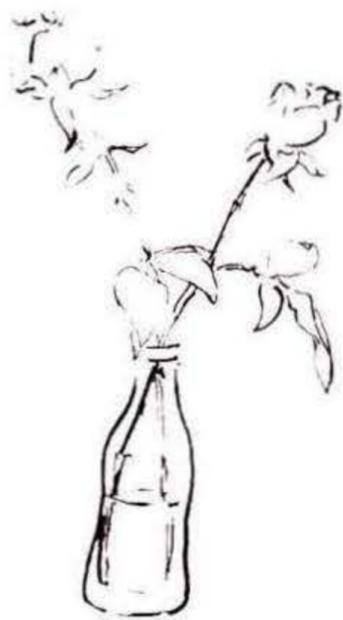
Como si estuviera calculando ya el efecto de estos demoledores detalles, dice García Márquez en la próxima

sección que se atreve a pensar “que esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, es la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras”. Detengámonos por unos momentos en la técnica de García Márquez de yuxtaponer palabras o ideas antitéticas para sorprender al lector o al oyente. Ésta es una de las estrategias predilectas de García Márquez; no hay novela o cuento en que no se utilice. “Descomunal” es una palabra que no suele asociarse con “realidad”¹⁹. La antítesis se utiliza en todo el discurso, desde el comienzo hasta el fin. En su primera oración, la “crónica rigurosa” es antitética a la “aventura de la imaginación”. Luego el “testimonio” es “asombroso”. Lo “incontable” “se cuenta”. Un personaje “histórico”, Cabeza de Vaca, es “mítico”. Las “noticias” son “fantasmales”. Los hombres son “alucinados” pero las mujeres “históricas”. De un país “hospitalario” “huyen” un millón de personas. Las muertes son a la vez “incontables” y “cotidianas”. La realidad es “desaforada” o “sobrecogedora”, los talentos “racionales” son “extasiados”. Los abuelos son unos infantiles.

La técnica de la yuxtaposición tiene también otro fin. Pone en alto relieve el contraste y la enorme distancia en casi todo entre el viejo y el nuevo mundo. Es aquella distancia la que impide una interpretación adecuada a nuestra realidad. Haciendo hincapié en el Discurso del Nobel de Thomas Mann, quien utilizó a su personaje Tonio Kröger para señalar, en su caso, el contraste entre “un nortecasto y un sur apasionado”, García Márquez le pide al público europeo que se revise la manera de vernos. De no ser así, la distancia entre el viejo y el nuevo mundo, aunque “reducida [...] por los progresos de la navegación”, será cada vez mayor. Y el mundo europeo sufrirá la ceguera con relación a nuestra realidad y nuestra cultura. Es en parte el mensaje de García Márquez que tenemos no sólo una literatura que valga la pena, sino también una cultura.

La cultura latinoamericana será siempre una cultura de gran vitali-

dad, a despecho de las infinitas tragedias que ha sufrido y sufrirá. Frente a todas ellas, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, frente a los diluvios y las pestes, a las hambrunas y los cataclismos, frente a las guerras eternas, la respuesta latinoamericana ha sido la vida. He aquí la segunda yuxtaposición principal de todo el discurso; y es culminante. La primera fue, se recordará, el contraste entre lo real y lo fantástico, la realidad y la ficción, la historia y la literatura. Terminando su discurso, García Márquez yuxtapone vida y muerte, muerte y vida. La vida es la única respuesta posible a la muerte y sus consecuencias. El nacer es la contestación —cada vez más contundente— al morir. Es con este contraste como terminan sus dos obras maestras antes de recibir el premio Nobel: *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*. La primera parece terminar con el apocalíptico fin de todo, pero un fin que resulta ser aplazado. La segunda acaba con la afirmación de la vida al mismo tiempo que se anuncia la buena nueva de que el tiempo incontable del patriarca ha por fin terminado.



Esta yuxtaposición entre la vida y la muerte, entre la existencia y la no existencia, es la más grande y la más esencial de todas. Por eso, García Márquez se ve moralmente y estéticamente obligado, acercándose al final de su discurso, a invocar a su maestro William Faulker, quien, en una semejante ceremonia

en 1949, se negó a admitir el fin del hombre. Quizá impulsado por la contundente defensa de Faulkner del derecho del hombre a la existencia misma, García Márquez, llegando al final, cambia en su texto las últimas palabras de *Cien años de soledad*. Había comenzado el discurso con una evocación de esta obra. Lo había desarrollado de una manera paralela a la narración de *Cien años de soledad*. Y ahora lo termina citando la novela. Creemos, dice García Márquez en su discurso, en "una utopía contraria" al mundo de la destrucción; ésta será una "utopía de la vida [...] en donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra".

¿Por qué un cambio tan radical? Por una parte, porque García Márquez es en el fondo un optimista. Por otra, porque el optimismo es integral a las acciones de los Buendía, con sus exagerados y utópicos planes, su desafortunada imaginación, y su afán por conocer no sólo los nuevos inventos de los gitanos sino también las novedades del ancho y ajeno mundo. Más todavía: porque el mismo García Márquez, quizá sintiéndose condenado en los años de la escritura de *Cien años de soledad* al olvido o a una carrera de sólo modesto prestigio, ha visto su propia resucitación; a él mismo, por el éxito de esta gran novela, se le ha dado una segunda oportunidad sobre la tierra. Y, por último, porque el optimismo de las últimas palabras se fundamenta en una fe casi incondicional en el poder de la literatura: un poder que puede nutrir el espíritu del lector, consolándolo o dándole placer; un poder que puede alterar la historia o levantar a un pueblo; y un poder que puede hasta asegurar la trascendencia de toda una cultura.

Es la literatura, es el arte, al fin y al cabo, lo que asegura la segunda oportunidad del hombre sobre la tierra. La confirmación de esta idea se encuentra en el "Brindis por la poesía", texto pronunciado dos días después de la ceremonia del premio Nobel en el banquete ofrecido por el rey de Suecia en homenaje a los

premiados. Ahí dice García Márquez que el homenaje no es ni más ni menos que un homenaje que se rinde a la poesía. Porque es la poesía lo que "nos rescata". Es la poesía el instrumento de la salvación. Es la poesía la "energía secreta de la vida". En fin, es la poesía, dice nuestro único Nobel, con un guiño a Álvaro Mutis, presente en el auditorio, pues él también había citado al guatemalteco Luis Cardoza y Aragón de la misma manera, es la poesía "la única prueba concreta de la existencia del hombre". Esta última cita podría además aludir, haciendo hincapié en palabras similares de William Faulkner en 1949, a la importancia de un evento como la ceremonia del premio Nobel y, de manera menos directa pero no menos cierta, a la cifrada y comprimida poética de *Cien años de soledad* que es "La soledad de América Latina".

Los libros posteriores al premio Nobel confirman la visión poética del discurso. O mejor dicho, la continúan. El optimismo eterno como consecuencia de una pasión inextinguible, a despecho de la inevitable declinación física de los amantes con el paso de los años, es tema central de *El amor en los tiempos del cólera*. Nuestra increíble y a veces trágica historia es la base sobre la cual se construyen *El general en su laberinto* y *Noticia de un secuestro*. La primera obra rememora una época de nuestra historia vista por el prisma de un único y moribundo personaje; la segunda, reconstruye un episodio en nuestra demente tradición de secuestro vista por el prisma de la colectividad; es decir, a través de las experiencias de diez rehenes. Los demonios que sustentan los impulsos contradictorios que se encuentran en toda vida humana —caso ejemplar, el amor imposible o prohibido que no deja de ser amor— se exploran en todo su esplendor antitético en *Del amor y otros demonios*.

En el centro de todo está la poética cifrada pero a la vez anunciada de "La soledad de América Latina". Ahí, García Márquez da las claves —tanto temáticas como técnicas— para el estudio y la comprensión de

su obra. Considerado en el contexto tanto de las obras posteriores como anteriores a él, este breve y bello discurso evidencia la notable coherencia de la poética del único premio Nobel de literatura que Colombia ha tenido y que, probablemente, tendrá.



1. El primer borrador de este trabajo fue un discurso pronunciado en abril del 2000, en el Primer Foro Internacional sobre Gabriel García Márquez en el XXXIII Festival de la Leyenda Vallenata, en Valledupar, Colombia. Gracias al Ministerio de Cultura de Colombia (y su ministro, Juan Luis Mejía) y a la Fundación Festival de la Leyenda Vallenata (y su presidenta, Consuelo Araujo-Noguera), por la invitación y el apoyo.
2. Véase, por ejemplo, Víctor Rodríguez Núñez (editor), *Gabriel García Márquez. La soledad de América Latina. Escritos sobre arte y literatura 1948-1984*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1990, 656 págs.
3. Véanse, entre otros, Alfonso Rentería Mantilla (ed.), *García Márquez habla de García Márquez. 33 reportajes*, Bogotá, Rentería Editores, 1979, y *Gabriel García Márquez: El olor de la guayaba: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1982.
4. *Obra periodística, vol. 1: Textos costeños* (prólogo y recopilación de Jacques Gilard), Barcelona, Bruguera, 1981, págs. 246-247.
5. Véase Gabriel García Márquez, *El fantasma del premio Nobel* (1 y 2), en *Notas de prensa 1980-84*, Madrid, Mondadori, 1991, págs. 7-14. Los artículos están fechados el 8 y el 9 de octubre de 1980. En Víctor Rodríguez Núñez (editor), *op. cit.*, los mismos artículos llevan las fechas 14 y 28 de septiembre de 1980 (págs. 324, 328).

6. Miguel Ángel Asturias es el único laureado hispanoamericano no mencionado por García Márquez en su discurso de recepción del Nobel. Obvia, la razón por el silencio, dada la negativa y conocida reacción de Asturias a la publicación de *Cien años de soledad*.
7. Esto no es cierto, le dice Artur Lundkvist a Eligio García en diciembre de 1982. El hecho de que no le dan, ni le darán, el premio Nobel a Borges "nada tiene que ver con la política. Lo que pasa realmente es que Borges no ha escrito nada de importancia en los últimos veinticinco años". Véase Eligio García, Entrevista a Artur Lundkvist", *La soledad de América Latina. Brindis por la poesía*, Cali (Colombia), Universidad del Valle y Carvajal, 1983, pág. 56.
8. Eligio García, Entrevista a Artur Lundkvist", *op. cit.*, pág. 51. Este comentario indica que García Márquez ya había estado durante años en la mira de algunos miembros de la Academia Sueca; señala, además, la inevitable presencia de elementos personales en una tan importante decisión. Inmediatamente Lundkvist, como si hubiera anticipado esta crítica a las deliberaciones del Comité Nobel, le asegura a Eligio García que "el hecho de que la Academia Sueca dejó finalmente de lado este obstáculo demuestra que para ella lo único que tiene validez son los méritos literarios de un autor" (ibíd.).
9. Belisario Betancur, "García Márquez y una junta de sombras", en *Gabriel García Márquez: nuestro primer premio Nobel*, Bogotá, Presidencia de la República, 1983, pág. 8.
10. También Óscar Collazos ha escrito sobre aquel día 21 de octubre de 1982. Sus observaciones no son tan detalladas como las de Cruz Kronfly y, además, incluye comentarios sobre la ceremonia del Nobel en Suecia en diciembre y sobre el regreso de García Márquez a Colombia, para fundar la revista alternativa, *El Otro*. Véase Óscar Collazos, "La diplomacia subterránea, el Nobel y otras glorias", en *García Márquez: la soledad y la gloria. Su vida y su obra*, Barcelona, Plaza y Janés, 1983, págs. 231-242.
11. Fernando Cruz Kronfly, "La soledad del Nobel", en *La soledad de América Latina. Brindis por la poesía*, Cali (Colombia), Universidad del Valle y Carvajal, 1983, pág. 34.
12. Cruz Kronfly, *op. cit.*, pág. 37.
13. *El Tiempo*, viernes 22 de octubre de 1982, sección D, pág. 3.
14. Véase Aura Lucía Mera, Prólogo a *Aracataca Estocolmo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1983.
15. Cita de *El Pueblo*, 10 de diciembre de 1982, en *Gabriel García Márquez: Nuestro primer premio Nobel*, pág. 88.

16. *Gaceta Dominical de El País*, 5 de diciembre de 1999. De "Transparencia de un Nobel", por Alfonso Fuenmayor. Una versión un poco más extensa del ensayo se encuentra en *Aracataca Estocolmo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1983, págs. 30-32.
17. Álvaro Mutis, "Apuntes sobre un viaje que no era para contar", en *Aracataca Estocolmo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1983, pág. 20.
18. Víctor Rodríguez Núñez, Prólogo, en *op. cit.*, pág. 13.
19. Ésta no es la primera ni la única vez que García Márquez señala lo antitético en relación con la realidad latinoamericana. Por ejemplo, le dice a Plinio Apuleyo Mendoza que "la desmesura forma parte también de nuestra realidad. Nuestra realidad es desmesurada y con frecuencia nos plantea a los escritores problemas muy serios, que es el de la insuficiencia de las palabras" (*op. cit.*, pág. 85).

Concurso

Convocatoria al premio literario Casa de las Américas 2004

Premio extraordinario sobre estudios de la mujer

La Casa de las Américas convoca, por segunda vez, al Premio extraordinario de ensayo sobre estudios de la mujer, dedicado a ampliar el conocimiento de obras, figuras o grupos de mujeres latinoamericanas y del Caribe que se hayan destacado en cualquier campo de la vida intelectual, social o política. Los libros que concursen se someterán a las bases generales del Premio y podrán ser enviados a cualquiera de los lugares enumerados en la base 8 antes del 30 de noviembre de 2003. El fallo del jurado será dado a conocer conjuntamente con el de los demás premios en enero de 2004.

Asimismo, la Casa de las Américas convoca para el año 2004 a la XLV edición de su Premio literario. En esta ocasión podrán concursar obras inéditas en los géneros de poesía y cuento, así como libros publicados entre 2000 y 2003 en cualquier género en la categoría de literatura